

confundido; volvió á Chartres y escribió á los clérigos de esta iglesia una carta llena de injurias contra el papa y contra la Iglesia romana. No llama á Leon IX *pontifex* sino *pompifex*; y la Iglesia romana no es *católica* sino *satánica*. Como se ve, era un sabor anticipado de Lutero cuando hablaba de Leon X. El concilio de Verceil condenó al contumaz; fué condenado solemnemente y arrojado al fuego el libro de Escoto Erigena. Se renovó contra Berengario la primera sentencia de Roma: « El que queria, dice Lanfranco, privar á la Iglesia de la » comunión del cuerpo y sangre de Cristo, fué excluido de la » comunión de la Iglesia. » Como el nuevo error habia nacido en el centro de la Francia, la Francia entera se levantó contra su autor. Los obispos, abades, señores y hombres mas sabios del clero se reunieron en París, y en presencia de Enrique I se condenó á la unanimidad á Berengario y á sus discípulos, y se declaró que si no se retractaban, « toda Francia con el clero al » frente iria á buscarlos donde se hallaren, y les obligaria á » someterse, bajo pena de muerte. » Ni aun así se rindió Berengario, y continuó en sostener sus doctrinas, hasta que bajo el pontificado de san Gregorio VII las abjuró de buena fe, en 1078, en un concilio romano; despues de lo cual se retiró al monasterio de San Cosme, cerca de Tours, donde murió despues de sincera penitencia.

9. San Leon IX, que acababa de ver enlazarse de nuevo en Occidente por Berengario la cadena de las herejías, largo tiempo interrumpida, tuvo el dolor de saber la nueva rebeldía de los Griegos de Bizancio contra la Iglesia romana. Desde mucho habia, aspiraban los patriarcas de Constantinopla á la supremacía espiritual del Oriente, y se esforzaban en lograr de los papas la confirmacion del título de *patriarca ecuménico*, que se habian arrogado de propia autoridad. Por otra parte, era tan incontestable el dogma del primado romano, que los patriarcas no osaban atacarlo ni desconocerlo ostensiblemente. Era pues una lucha entre la conciencia y la pasión, entre la sumision y la rebeldía: lucha que habia tenido sus crisis; pero en fin llegó á ser decisiva. Miguel *Cerulario* (el Cerero), desde

luego implicado en una conspiracion política y desterrado, se hizo monje, y habia sido sacado de su convento por Constantino Monómaco para ser promovido á la silla patriarcal de Constantinopla. Formaban el fondo de este nuevo patriarca el fausto, un genio revoltoso, la ambicion y el orgullo; y no vió en el primado apostólico de la Iglesia romana sino una superioridad odiosa, cuyo yugo le era necesario sacudir. Volviendo á tomar el hilo de las quejas de Focio, y reproduciéndolas, añadió otras, tales como la de que los Latinos no cantan *Alleluia* en cuaresma; comen vianda de animales sofocados; confieren el bautismo por inmersión; consagran con pan ázimo (punto en que insistió mucho); que no honran las reliquias é imágenes de los santos, se afeitan, etc., etc. Concertándose con Leon, arzobispo de Acrida, metrópoli de Bulgaria, y con Nicetas, monje de Stude, redactó una epístola sinodal en que exponia todos estos agravios, y excomulgaba á la Iglesia romana, en nombre de los Griegos, *fieles depositarios de la fe evangélica*. Miguel Cerulario principiá á ejecutar su proyecto de separacion cerrando las iglesias de los Latinos y sus monasterios en todo el distrito de su jurisdicción hasta que se conformasen con los ritos griegos, excomulgó á los que recurrían á la Santa Sede, y rebautizó á los fieles que habian recibido el bautismo con las formas prescritas por la Iglesia romana. San Leon IX respondió á los alegatos de Miguel Cerulario con una larga epístola que justificaba á la Iglesia romana con tanta erudición como mansedumbre. Restableció en su primitiva integridad todos los puntos de dogma ó de simple disciplina atacados por los Griegos; insistió sobre la procesion del Espíritu Santo, costumbre de consagrar con pan ázimo, etc. Encargó á tres prelados, entre los cuales al cardenal Humberto, para llevar esta carta á Constantinopla. Poco les costó á los legados para reducir al polvo las sutilezas de Miguel Cerulario y sus adherentes; pero como se trataba menos de tal ó tal punto de doctrina, en el espíritu del Cerulario, que de la supremacía de la Santa Sede, no fijó casi su atención en las demostraciones evidentes de los legados. Para él, la cuestion no



era teológica, y se reducía á solo este punto : « La silla del » imperio habiendo sido transferida por Constantino á las ribe- » ras del Asia, la supremacía religiosa tenia que pertenecer » no ya á Roma sino á Constantinopla. » A sus ojos, no tenian valor alguno los datos teológicos; y en su consecuencia, los legados del papa hicieron lo que solo podía ser útil, y era que entrando en la iglesia de Santa Sofía el 16 de julio de 1054, pusieron solemnemente en el altar mayor y en presencia de todo el pueblo acta de excomunión contra Miguel Cerulario y sus adherentes. Se salieron entonces de la basilica, sacudieron el polvo de sus piés, exclamando en alta voz : « ¡Vea Dios y » juzgue! » y en seguida tomaron el camino para Roma. Focio no tuvo escrúpulo en falsificar para triunfo de su causa; el Cerulario heredó su felonía, y traduciendo en griego el acta de excomunión, la desnaturalizó en sus principales partes, y así fué comunicada al pueblo. El falsario patriarca llegó hasta excomulgar al soberano pontífice y borrar su nombre de los dípticos sagrados. Escribió á los tres patriarcas de Oriente todo cuanto le sugirió su orgullo y odio para separarlos de la comunión romana. Se ignora el efecto que produjo en los de Jerusalem y Alejandría: el de Antioquía respondió justificando á los Latinos en unos puntos y cargándoles en otros, pero sin ver en ello motivo de romper la unidad. Miguel Cerulario, sin detenerse en miramientos ningunos, no cesó de extender y fortalecer su cisma bajo los reinados harto breves de Teodora y Miguel Estratónico, que se sucedieron en el trono despues de la muerte de Constantino Monómaco de 1054 á 1057. Aun fué mas temerario en el imperio de Isaac Comeno, cuya usurpación habia favorecido para ruina propia suya: porque no pudiendo soportar estas sus exigencias, desterró al Cerulario á la Proconesia, año 1059, y murió en el mismo año. El cisma no murió con él, pero tampoco quedó irrevocablemente consumado. Nada se habia formulado aun contra el primado romano; pero si la Iglesia griega no se separó totalmente entonces, estaba atestada de cismáticos y envilecida al último grado. Desprovista de la divina savia y reducida á una existencia

puramente política, no tuvo desde esta época sino un simulacro de unidad por intervalos. El imperio de Oriente iba recayendo mas y mas; y por otra parte se iba levantando entonces una nueva potencia dividida de los Árabes, y principiaba á atacar las fronteras de los Griegos. Eran los Turcos, pueblo de origen tártaro, establecido por las orillas del mar Caspio. Unos habitaban en ciudades y tenian hogares fijos; otros vivian como aventureros bajo el mando de un jefe que se escogian. El mas valiente y afortunado de ellos fué Seldjouk, que se apoderó del Korasan, abrazó el islamismo y fundó la célebre dinastía de los Seldjoucidas. Su hijo Trogul-Beg socorrió con sus armas al califa de Bagdad, Caiem, quien le hizo Emir-Al-Omrah, y le revistió de toda autoridad. Se apoderó de la mayor parte de la Persia, y fué el primer sultan de su dinastía. Su sobrino Alp-Arslan le heredó en 1062, continuó sus conquistas y sentó sus campamentos á la faz de los Griegos. Tal era la potencia que iba á suceder al imperio decaído de los Árabes, y rejuvenecer en cierto modo la guerra que el islamismo habia declarado á la sociedad cristiana. Los Turcos Seldjoucidas arribaban á este grado de poder precisamente en el tiempo en que Miguel Cerulario arrastraba á la Iglesia griega mas en el cisma bajo Constantino Monómaco.

10. El curso de estos acontecimientos nos ha obligado á anticipar en el orden cronológico. San Leon IX, prosiguiendo su sistema de reforma, despues del concilio de Verceil habia vuelto á la Alemania; reconcilió al emperador Enrique III con Andrés, rey de Hungría, y logró socorros contra los Normandos de Italia. Estos extranjeros, establecidos en Nápoles bajo el pontificado de Benedicto VIII, habian conquistado la Pulla (quitándosela á los Griegos) y atacaban el principado de Benevento, perteneciente largo tiempo habia á la Santa Sede. Los Alemanes fueron vencidos en la sangrienta batalla de Dragonara, en 1053, y el papa, que estaba esperando el resultado de ella en una poblacion vecina, cayó en poder de los Normandos. Los vencedores se echaron á sus piés, le hicieron homenaje de lo que habian conquistado de los Griegos, y



recibieron una especie de investidura de lo que conquistarían en adelante. No fué esto en vano; porque los dos ilustres hermanos, Roberto Guiscardo y Rogerio, en esta segunda mitad del siglo acabaron de conquistar cuanto les quedaba á los Griegos, y la Sicilia que arrancaron á los Sarracenos, y fundaren así el reino de las dos Sicilias, de que hicieron homenaje á los papas. Pero antes de esta expedición, Leon IX decidió que el primado de África quedase reservado al obispo de Cartago. De toda la desgraciada Iglesia de África, antes tan floreciente, solo quedaban cinco obispados, y aun así estaban divididos por una formalidad de precedencia! — Después de la derrota de Dragonara, se volvió á Roma el soberano pontífice. Solo tenía cincuenta años, y aun prometía á la Iglesia una larga serie de actos brillantes; pero la muerte le arrebató en medio de sus proyectos é inmensos trabajos de restauración y reforma, el 19 de abril de 1054. — Muchos obstáculos había encontrado en esta empresa de parte del clero de la Lombardia y Alemania; entre ellos la simonía y la incontinenencia. Estos obstáculos serán aun mayores por apoyo del poder político. Los sucesores de Leon IX en sus efímeros reinados no tendrán tiempo para realizar sus reformas, y solo serán cumplidas cuando la divina Providencia saque de sus tesoros de misericordia al genio de un Hildebrando, destinado á levantar la sociedad decaída y al borde del precipicio.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR II (13 de abril de 1055-26 de julio de 1057).

11. A la muerte de san Leon IX, Hildebrando solo era subdiácono de la Iglesia romana; pero era tal la confianza pública en su virtud y luces, que el clero romano le envió, al frente de una embajada, al emperador Enrique III, pidiéndole designase por sí mismo á sus sufragios el candidato que juzgase mas digno del trono de san Pedro. Se había modificado recientemente el modo de las elecciones pontificales, que desde 1054 quedaban reservadas á los cardenales. Comprendiendo estos la necesidad de mantener entre la Iglesia y el

imperio la union que hacia la fuerza recíproca de ambos poderes, creyeron deber en esta ocasion deferir á la prudencia y sagacidad de Enrique III. El acontecimiento justificaba el acierto del monarca, pues que mostraba en la designación de san Leon IX que tenía conocimiento de gentes y de hombres. Hildebrando, por otro lado, estaba encargado de presidir en esta negociación tan trascendental, y su habilidad vencería cualquier dificultad. Enrique III convocó una dieta general del imperio en Maguncia, luego en Augsburgo para decidir, y dejó en manos de Hildebrando la designación del papa futuro. Este designó á Guebardo, obispo de Eichstedt, canceller del imperio. Guebardo se resistió con la mas honrosa obstinación á recibir tanta dignidad; y á tanto llegó su exceso de humildad, cuyo objeto era superior á todo elogio, que hizo correr contra su persona rumores calumniosos para esquivarse de tan formidable peso. Durante seis meses perseveró en su negativa; pero en fin, suplicándole el emperador sacrificase su modestia personal al bien de la Iglesia, se resignó. « Pues que vos lo » exigís, dijo, á pesar de la profunda convicción de mi indignidad, obedeceré á vuestras órdenes, y me consagraré sin » reserva al servicio de san Pedro. Pero es necesario que me » prometáis volver á san Pedro lo que le pertenece. » Esta condición se refería á los dominios eclesiásticos que Enrique III, como la mayor parte de sus contemporáneos príncipes, no hacia escrúpulo de retener injustamente.

12. Desde este momento, en efecto, comenzaba á entablarse entre los papas y emperadores la gran cuestión que muy pronto había de agitar todo el Occidente bajo el nombre de: *pendencia sobre las investiduras*. « Para comprender la naturaleza y gravedad de esta cuestión, dice el Ilmo. Palma, es » menester tener presente que bajo el régimen feudal los obispos y abades, particularmente en Alemania, poseían á título » de feudo no solamente tierras y selvas, sino quintas y ciudades ó villas que dependían del imperio. Según la legislación en vigor, los vasallos de la corona no podían tomar » posesión de un feudo sin ir antes á prestar juramento de